

obligó á Antonio á que amenazara destruir el Capitolio, á que coronara reina del mundo á Alejandria, á que hiciese adoptar desde el fondo del sepulcro de César á sus hijos y los vistiera con el nombre de reyes de mil reyes, á que tomase él mismo para sí los atributos de Osiris al par que ella tomaba los atributos de Isis; delirio insensato de una civilizacion decrépita, que rejuvenecida un instante por el beso de Grecia se creia ya eterna, pero delirio que asusta á Roma, que la despierta, que la lleva á pelear y á romper aquel último esfuerzo del genio de Oriente en su lecho de agonía; y en efecto, una tarde los soldados romanos, triunfantes en Egipto, iban en pos de esta mujer para llevarla como trofeo de su victoria á Roma, y la encontraron en una tumba egipcia, recostada en un lecho, vestida de púrpura, coronada de perlas, teniendo en su brazo enroscado un áspid, primero y último símbolo de los mitos orientales; mujer, que al exhalar el último aliento habia exhalado tambien el último suspiro de la mágica y misteriosa alma de la antigua Asia.

Mirad, señores, despues de la muerte del genio oriental. Roma se reúne en una sola tesis para luchar con otra civilizacion antitética. Saludemos, sí, saludemos el Imperio. El Imperio mata la ciudad para formar el hogar, mata al ciudadano para formar el hijo y el padre de familia. El Imperio acaba con el antiguo y exclusivo derecho públi-

co para convertirlo en derecho civil, protector del individuo, en derecho de gentes, protector de la humanidad. El Imperio quita su aspereza al padre de familia, dá peculio al hijo y al esclavo, enlaza la mujer, la reviste de una inviolabilidad sacratísima, la hace madre dándole la educacion de sus hijos. El Imperio ya no mira en el extranjero el bárbaro, no, toda la tierra es ciudad, todo hombre nacido en el Imperio es romano. Saludad, saludad al Imperio.

Aquellos emperadores eran la espada de Dios, eran la maza de la Providencia, que trituraban con sus golpes continuados la antigua egoista aristocracia, para que no volviera á oponerse al progreso de la humanidad. Por eso mientras la aristocracia no quiere dar el derecho de ciudadanía ni aun á los latinos, el Imperio abre su trono á todas las gentes, á todas las razas, al español Trajano, al godo Máximo, á los galos y los orientales. El tribuno ha matado todas las magistraturas, se ha hecho perpétuo, se llama emperador. La tesis oriental, la antitesis griega se han resuelto en una síntesis suprema, que es el Imperio; síntesis que va á ser la tesis de una nueva edad, á la que se opondrán el Cristianismo y los bárbaros. La idea de unidad del Imperio rinde grandes bienes; así como el monoteismo de la raza semítica mató en Oriente la casta india, el monopolitismo de la raza latina va á matar la antigua exclusiva



ciudad griega. Para las edades que van á venir se necesita una gran idea de autoridad que discipline, que concentre esas razas, que les dé un ideal fácil de comprender, para que puedan formar nacionalidades, y esa autoridad es el Imperio. Por eso lo adoran todos, desde Alarico hasta Ataulfo; desde Ataulfo hasta Atila; desde Atila hasta Carlo-Magno; desde Carlo-Magno hasta Carlos V; y es la unidad material que unida al Catolicismo, unidad espiritual, concluye con el caos de la Edad media.

Al ver superficialmente al Imperio, institucion despótica que oprime las voluntades y la conciencia de los hombres, que viola todos los derechos, que es una sucesion de emperadores bárbaros, tiranos, criminales que reinan un dia para morir al dia siguiente, levantados en los escudos de las guardias pretorianas y hundidos por sus lanzas; al ver el Imperio parece que el mundo se va á perder, que la civilizacion va á morir, y sin embargo, si quitais la corteza á estos hechos, si buscáis su esencia, cuando encontréis que el feroz Tiberio, aquella alma sombría y despiadada establece el crédito territorial sin interés coronando la revolucion de los Gracos; que Neron, asesino de su madre, de su maestro, establece la administracion de justicia gratuita, derecho no soñado por las grandes generaciones de tribunos plebeyos; que el imbécil Claudio, el marido de

Messalina, prohíbe la tortura y hace inviolable la vida del esclavo, sentimiento de humanidad nunca conocido ni por los Tulios ni por los Catones; que Domiciano iguala los caballeros y los plebeyos; que Commodo, el feroz Commodo guarece en la ley á la esclava contra las injurias de sus señores; que Caracalla, el insensato, el ladron, el torpe, el asesino dá á todos los hombres el derecho de ciudadanía; que aquellos emperadores, deshonra del linaje humano, eterna afrenta de la tierra, levantan la obra más grande del pueblo rey, el derecho romano, obra más duradera que sus conquistas; cuando veais todo esto, reconocereis que la Providencia saca del mal el bien, que la libertad triunfa de todos sus enemigos, que el progreso camina siempre majestuosamente, y que delante de este maravilloso espectáculo debemos postrarnos ante Dios y alabarle por su misericordia y su justicia que resplandece maravillosamente en todas las páginas de la historia.—He dicho. (Prolongados aplausos).